

The book cover features a stylized, textured illustration. On the left, a vertical purple band runs down the side. The background is a warm, orange-toned landscape with a tall, rectangular building in the distance. In the foreground, a large, clear glass is filled with water and a blue, human-like figure is submerged in it. The figure's head is tilted back, and its arms are raised. The overall style is reminiscent of a watercolor or a textured print with visible brushstrokes or grain.

Tebas de mi corazón

Nélida Piñon

Traducción de Ángel Crespo

NÉLIDA PIÑON (Río de Janeiro, 1937). Dentro de las nuevas corrientes de la literatura brasileña se le adscribe al movimiento de renovación formal de la prosa, distinguiéndose en particular por sus notas psicológicas y existencialistas. Dedicada únicamente a la literatura y al periodismo, ha recibido los premios literarios más importantes de su país; las traducciones de sus libros a diversas lenguas confirman la importancia de su obra, en la que sobresale *La dulce canción de Cayetana* (1987).

Santísimo, la ciudad donde transcurre *Tebas de mi corazón*, vive en constante rivalidad con Asunción. Los personajes de esta novela van y vienen, desaparecen y vuelven a aparecer a su capricho. La historia de cada uno cambia por la de otro, permutando sus biografías lo mismo que los sexos, odios y amores. Para conseguir los efectos desintegradores que se propone, Nélida Piñon no duda en utilizar el humor llevándolo a sus más graves consecuencias, al igual que el idioma, el cual trasgrede sus barreras hasta límites sorprendentes y logra que la visión carnavalesca del mundo cobre una espectacular coherencia.

Índice de contenido

Cubierta

Tebas de mi corazón

[Capítulo único]

Glosario

Notas

A Rosa Cass y Daisy Novaes Bastos

A pesar de todo, aquel primero de julio Eucarístico empezó a tumbar los árboles prometidos a sus hijos como herencia, para después de muerto. Avisada de que la familia estaba perdiendo sus más nobles galas, y a manos de Eucarístico, Magnolia salió a su encuentro. Le pidió que se tomase, por lo menos, tres días para pensarlo. No era cosa de destruir el patrimonio de toda una vida dando hachazos durante unas pocas horas. Eucarístico no lograba oír una sola palabra y Magnolia se arrodilló y se puso a rezar por los árboles mientras él los tumbaba.

La furia le duró unos días, quién sabe si debido a razones caras a su corazón, para que nada le sobreviviese. El alborozo de aquella nueva fantasía no parecía estar destinado a Santísimo, presentían los que presenciaban su actividad. Y, habiéndose encerrado Eucarístico en el taller, previamente ampliado, primero hacia el cielo y después hacia los lados izquierdo y derecho de la tierra, no se podía adivinar lo que esta vez construiría, para necesitar tanta madera y espacio al mismo tiempo. Unos meses después, al derribar las paredes del taller con el mazo, mientras Magnolia seguía protestando, hasta que no quedó un ladrillo en pie, nadie más dudó de la clase de trabajo que venía realizando obsesivamente. Ante todos aparecía la barriga amplia y audaz de un barco, al que faltaban el timón, los remos, las velas y el mástil.

Por fin iba el Alvarado a sentir emociones que jamás le había proporcionado la gente de Santísimo. No se contaba en la historia de aquellas aguas disputas en torno a peces espada, sirenas fulgurantes, ante cuyas escamas se alimentasen esperanzas de fabricar cajitas de madreperla, o incluso visitas que les enseñasen extravagantes maneras de hacer punto de media. Los piratas y bandeirantes, que por ventura habían llegado a Santísimo con ayuda del río, habían actuado indudablemente con discreción, casi siempre de madrugada, para que no les molestasen las corrientes, más bravías a la luz del sol. Únicamente Eulalia, por capricho o terquedad, hermosteó el río durante breves horas cuando lo escogió como túmulo. Incluso en el momento de morir, tuvieron que censurar su gusto. No dudó en adular a Asunción, pueblo de sus amores, dejándoles una sombra de miedo que se sorprendía en ciertos rostros, sobre todo en aquellas casas que no encalaban sus paredes apenas anunciado el mes de mayo.

Los botecillos que hasta allí hacían incursiones admitían la propia desdicha, les había fallado el mapa que los conducía por la tierra, o ya no disponían de la firmeza de antaño en el manejo del timón y los remos. Nadie dejó allí el corazón para que fueran a buscarlo más tarde. labeshab jamás los abandonó. Aunque les amenazase con la certeza de otros mundos, y dejase en la mercería de Bonifacio larvas que se reproducían bajo la forma de brújulas, relojes, candelabros, alfiler con piedra nutrida a profundidades superiores a los mil metros.

Magnolia se resentía de que su marido no volviese a casa y escogiese el barco por morada. Eucaristías no se dejaba convencer, debilitaba sus argumentos con el silencio. Hacía mucho que había afirmado por medio de gestos que el verbo, además de borrarse con tinta negra, azul, rosa, se enunciaba y ya pasaba a no existir, cualquier red lo filtraba, que no le presentasen ya el presumible rostro y su febril vaso sanguíneo.

—Por lo menos, acepta la comida, dijo Magnolia. Y trató de saber si se opondría a que ella y los hijos le llevaran empanadas los domingos, gallina asada, otras golosinas, como si hubiese verbena. Eucarístico admitiría visitas breves, apenas el tiempo de desmenuzar los asados, comerlos con avidez, y despedirse en seguida. La avidez de la visita quedaría restringida al alimento, y a una rápida inspección ocular.

Durante los domingos siguientes, se instalaban en torno al barco, pues Eucarístico les había prohibido que subiesen a él, a su juicio la embarcación no había atracado. La mujer y sus hijos se vestían con sus mejores trajes, aun arriesgándose a mancharlos de grasa. Al principio, consideraban al barco como un objeto de culto, ante el que se hacían discretas reverencias, evitando pasar cerca, aunque para ello tuviesen que rodear los árboles que habían sobrevivido. No obstante, les había bastado a los hijos una sola mirada y el primer domingo de todos los siguientes para saciarse, puesto que no volvieron a contemplarlo.

—Insensibles, dijo Hermengarda, al enterarse de las visitas.

Ansioso por terminar el barco, Eucarístico trabajaba el día entero. Por todas partes se hacían promesas de celebrar con fuegos artificiales, globos, batatas asadas, la botadura del barco en aguas del Alvarado. Un río que, según Rectus, que había desdoblado revistas polvorientas, debía su bautismo a un extranjero precisamente castellano, que exageraba la r y la j, de ahí su altiva ascendencia. Respaldo se encargó de apuntar en el cuaderno la fecha prevista para la terminación del trabajo. Era preciso respetar un calendario, aunque cargado de santos y otras fiestas, si pretendían en serio dar un toque de singularidad a aquel velero.

Eucarístico se negó a explicarle unos planos que dependían de la investigación y continuas reparaciones, trataba de atraer a la eternidad con el único propósito de ajustar con perfección la curva final de la proa. No comprendía

que precisamente las criaturas que todavía se las habían con la carne cruda, salvajes en consecuencia, viniesen a investigar a qué hora le diría adiós a la pasión que era toda su vida. Con un gesto en dirección al sol, le comunicó la seguridad de que antes de dar por terminada una obra que se conciliaba con vientos y aguas bravías, fatalmente se consumiría él mismo.

Respaldo se disculpó. La educación primaria no le había permitido aprender a contender con un artista, o a respetar dictámenes de lo que se llamaba una obra de arte.

—¿Y no es artístico lo que trajina con el agua y el tiempo simultáneamente? En Santísimo, la cuenta de las horas no era regresiva, pero avanzaba muy poco hacia el futuro. De modo que bien podían esperar, así como las aguas del Alvarado. La envergadura de la nave le conmovía, en todo se parecía a la ballena que Rectus le había descrito después de sorprenderla en sueños.

—Si el arca del Señor jamás se terminó de construir, menos todavía el barco del hombre, dijo Eucarístico.

Próstatís reaccionó con candor. Por primera vez no le veía registrar a gritos los episodios de Santísimo. Como si le hubiesen conocido con naturaleza amena.

—Temo que le hayamos perdido para siempre, dijo no más.

Hermengarda rechazaba la divulgación de aquella verdad. Sonreía más que los demás. Procuró esconderse por los jardines, para que Filomena no sorprendiese la congoja que tendía a aumentar en su corazón, si por fin se confirmaba la versión de que Eucarístico había abandonado la tierra para siempre. Se había conformado con perderlo para Magnolia, por comprender que no se habría cumplido con ella su intenso destino manual. Eucarístico llegó a afirmarle que el amor le confundía. Jamás llegaría a amarla con la voracidad que le exigía Hermengarda, y hacer al mismo tiempo de la madera el registro de su tumulto interior. Al principio, Hermengarda reaccionó, buscando un desquite. Le mi-

raba a la cara con desprecio, le ofrecía alimentos despachurados con el tenedor, y no le ahorró palabras amargas. Cómo podría comprender divisiones de esta clase, que para el cumplimiento de una vocación debiese abstenerse Eucarístico de la actividad amorosa. La invitación que él le hizo fue delicada, en su compañía visitaría el centro de la tierra. Señalando al más venerado árbol de Santísimo, pasó los brazos en torno a la cintura nudosa, parecía gozar con los ojos cerrados. Hermengarda se negaba a creer lo que estaba viendo.

—¿Acaso sentiría lo mismo contigo? dijo él.

A pesar del dolor, Hermengarda le acompañó a la iglesia para que se uniese a la otra. Magnolia le aceptó sabiendo que Hermengarda le perseguiría toda la vida. Sin necesidad de estar cerca, para que se prolongase la sombra que había sobre él, antes de la boda, como sopa ardiente, y cuyas quemaduras habían quedado en la piel. Incluso cocinando para Ofelia, el trabajo diario de engordar a la sobrina, Hermengarda se sentía con derecho a amarle.

—En cuanto sea maestro y se consagre a la madera, le sabré mío para siempre.

Cuando, en los primeros días, le habían comunicado el nacimiento de otro hijo de Eucarístico y Magnolia, una soberana incredulidad le afloró al rostro. Jamás aceptó una verdad tan absurda, aunque viese a distancia dilatarse la barriga de Magnolia, y a los hijos crecer. La única amenaza al amor, a su grata memoria, era que Eucarístico se apegase al barco y se abstuviese de otra madera en que trabajar con igual fervor. Le trepidaba el corazón, no se le secaban las lágrimas. Al contrario que Filomena, Hermengarda era menos tibia, menos magra, mucho más alta.

Hermengarda se despertó una hora antes que el sol. Se cuidó en la cocina de juntar los alimentos, desde el dulce a las croquetas saladas, de modo que no le faltase nada a Ofelia. Ante cualquier manifestación de hambre, a la que no se correspondiese con diferentes platos, la sobrina pa-

decía de urticaria, empezaba a rascarse justamente en el área ocular, no sirviéndole de nada el té de manzanilla, siempre indicado en estos casos. Hermengarda besó a Ofelia en la cabeza, queriendo decirle que tal vez no volviese a casa, ignoraba la clase de futuro que Eucarístico iría a ofrecerle. En dirección al antiguo cobertizo, donde estaba lo que quedaba de Eucarístico y el barco, iba como una sombra, para no herir sus propios sentimientos. No dudaba de que Magnolia se apartaría a su paso, para observar libremente la peregrinación de Eucarístico.

La extensión del barco sobrepasaba a las descripciones hechas. En él se concentraba un sentimiento delicado, que no le privaba de fuerza, siempre presente en cada listón sujeto con bramante o clavo, que se expresaba mediante detalles cuyos nombres se le escapaban, pues jamás hizo Hermengarda vida marinera, pero no privaba a su cuerpo de temblar. ¿Y no fue para vencer esta frontera peligrosa y exclusiva para lo que ella había abdicado de Eucarístico?

Le imaginaba viejo, exhausto. No había vuelto a verle la cara desde que le había dejado en la iglesia. Había cultivado su memoria con tanta intensidad que cada diciembre añadía al rostro, que le había quedado del año anterior, algunas arrugas, cabellos blancos, y rictus nerviosos. Como si dispusiese de una máscara, iba apurándole las facciones, debilitándole el sistema facial.

—Ah, Eucarístico Nóbrega, señor de la madera, dijo suspirando delante del barco. Dispuesta a ofrecerle un rostro igualmente envejecido, en el que cada arruga registraba una capitulación. Él no respondía a su llamada. Insistió, ahora mucho más fuerte:

—¿Puedo cuando menos visitar tu reino?

La madera no tenía poros por los que se filtrase el agua. Y porque no consiguió arañar allí su nombre, para que Eucarístico lo leyese en alta mar, comprendió también que su estructura soportaría largos viajes. Y solamente sintió a Eucarístico cerca, a tres metros de su respiración, cuando se

protegió los ojos del serrín que esparcía al viento. Eucarístico se ha alimentado siempre de modo peculiar, pensó de repente. Y tan diferente de Ofelia, cuyos alimentos, dispuestos en las bandejas, o jadeando en las cazuelas, no habían olvidado un solo tipo de grasa animal. Subía apoyándose en cajones, sí, la recibiría ofreciéndole el barco como premio.

La cara de Eucarístico no correspondía a la máscara fabricada diciembre a diciembre, gracias a los cuidados de la madre que, desde su nacimiento, le había impuesto un cutis rosado alrededor de los ojos, y que allí se quedó a pesar de la resina. Hermengarda no se preocupó de enmendar los errores cometidos contra su cara. Pretendía quemar junto a él, y para siempre, la máscara. Y como prueba de que olvidaba las facciones que había tejido con ayuda de la pasión y la memoria, hundió los dedos en sus hombros. Él parecía ausentarse aunque ella comprimiese ahora los dedos con más fuerza.

—Mira quién te acompaña en este barco. Y cerró los ojos para sentir vértigo, que bien transmitía su estado, y darle tiempo de arreglarse el pelo, sacudirse el serrín, cuidar en fin de imprimir a su cara una expresión en que ella pudiese leer rápidamente sus sentimientos.

—Eucarístico, y al decir Eucarístico fue abriendo los párpados. Él se preocupaba de eliminar con los dedos las virutas de una tabla, procurando que no se le quedase alguna entre las uñas. Más propensa a inclinarse, debido al viento y al mareo, Hermengarda parecía un eucalipto esparciendo un olor griego que él descubrió sorprendido. Tocó a la mujer del modo como apreciaba la raza de una madera.

—No es un árbol, Eucarístico. Soy yo, tu eterna Hermengarda.

—El mejor árbol de la floresta, dijo él.

Hermengarda se conmovía, he aquí el galanteo que he estado esperando durante toda mi vida. Y le acarició como jamás había osado cuando todavía la cortejaba y ya era el

amor una realidad que se debía aplazar para el día siguiente. Por primera vez, desde la construcción del barco, el calor de un cuerpo le envolvía y acomodaba más firmemente al banquillo de madera donde se instaló como si un clavo lo sujetase de forma que, para extraerlo, debiesen hacer astillas la madera.

—Qué orgullo siento, dijo Hermengarda, sin creer en las amenazas de que lo había perdido para siempre.

—¿Quién eres? dijo él. Hermengarda se rio colaborando en el juego. Menos leves, los ojos del hombre tenían forma y peso minerales.

—Bueno, Eucarístico Nóbrega, ¿sólo porque has construido un barco has dado en ignorar al mundo?

Magnolia supo siempre que en alguna estación del año los sorprendería. Pero no quería dejar que la comida se enfriase. Soltó el cacharro de sopa, la botella de agua, el pan, las frutas de mayo. Y para que no se pensase que la visita expresaba resentimiento, se compuso el delantal, y sacudía el polvo, el serrín, sin mirar a qué sacudía con la bayeta. Limpió la cara de Eucarístico, los pechos de Hermengarda, no se olvidó de sus muslos. Le palpaba precisamente las regiones que Hermengarda había soñado entregar a Eucarístico, para que las tornease como a un tronco. Le enternecía ser confundida con un mueble que Eucarístico hubiese fabricado. ¿Y no era quizás la pieza rara que venía construyendo a distancia, por lo cual había venido a su encuentro, a recoger de cerca las promesas de la extraña obsesión?

Magnolia desapareció en silencio. Antes, amontonó el polvo en la proa, allí daba el viento con fuerza, se lo llevaba lejos, Hermengarda dijo: —Soy yo, Eucarístico, quién más sino yo. Él no demostraba reconocerla, los años le habían desterrado la memoria y le habían encaminado al exilio. No le cedía porciones que Hermengarda pudiese guardar de recuerdo y para sustentarse.

Hermengarda confesó a su hermana: —Soy una legumbre conservada en vinagre. Filomena tembló durante toda

la madrugada, llorando junto a ella. Intuía a Hermengarda predestinada a los productos sorprendentes, Eucarístico y Ofelia al mismo tiempo.

—¿Y yo, qué soy? Y antes que Hermengarda cediese a la tentación de describirla, se anticipó severa: —No relajemos nuestras costumbres, Hermengarda.

So pretexto de la bondad que se predicaba en su casa, y con la cual describían de igual modo telas de araña y sendas obstruidas por los arbustos y el barro, Filomena sentía a veces pisar tierras oscuras. Y con qué derecho, sin embargo, si ambas transitaban más bien por territorios neutros, que jamás se podían definir.

—¿No te parece que Santísimo es una tierra para gansos y ovejas sagrados? fue como, por fin, explicó Hermengarda el destino de las dos. E impidiendo a su hermana que manifestase sentimientos que contrariasen o fortaleciesen su argumento, exigió respeto a las leyes de la casa. De otro modo, no dudaría en revelar que la había sorprendido agachada encima de la palangana lavándose las vergüenzas, con los ojos cerrados, pero con respiración ardiente, tanto se pringaba de agua que se le venían a la boca palabras de ahogado que se esfuerza por agarrarse a un muelle de coral.

Hermengarda esperó cinco años para regalarle un rosario de marfil, traído por labeshab. Filomena se sintió presumida, aunque tardíamente regresaba a las límpidas planicies de la juventud. Pero, fijándose mejor en el rosario, que no era ambición, sino destino que su hermana le clavaba en los dedos como un clavo para pegar la herradura al casco delicado del caballo, intuyó que Hermengarda sabía de la verdad más que su rostro ofrecido a la memoria de Eucarístico Nóbrega hacía creer. Rondó a su hermana, para que se confesase. Mas, en el desvarío de los alimentos, que confeccionaba poniéndolos perdidos de azúcar y de sal, hasta confundir los gustos, Hermengarda se había acostumbrado a sacar a la superficie de su incandescente vida disculpas

siempre renovadas. Presintiendo el peligro de escudarse en el silencio de Hermengarda, Filomena se puso a rezar mientras se lavaba. Soy una lagartija nerviosa, y capaz de catalogarse de modo que se asociase al objeto de su anhelo, se sintió con derecho a colocar su propio retrato en la galería, entre los antepasados.

Eucarístico acercó el hacha al pescuezo de Hermengarda. Le contaba las venas, las ramas y la espesura del tronco. Hermengarda sintió la impecable hoja, y todo le indicaba la salvación de Eucarístico. Él, sin embargo, tras el esfuerzo de compararla con un árbol, y atribuirle hermosura, se estropeaba de nuevo los dedos contra la tabla. Antes de perderle por una larga temporada, sugirió que la invitase a ver el barco deslizarse por el Alvarado. No le importaba aguardar acampada allí mismo, sujeta también al régimen de sopa y fruta, que ya no sería de mayo, sino de los meses estivales. Presentía que para semejante viaje los preparativos pasarían albas. Por fin iba él al encuentro de las ballenas, delfines, animales de civilización avanzada, cuestionando la inquietud de una fauna prisionera del agua, que para ser cogida con la mano, o los ojos, exigía zambullidas, sondeos en corrientes antiguas, de honduras adecuadas a los cazadores de esponjas.

Nadie presentaba mejores credenciales que labeshab para acompañarle y no por haber nacido muy lejos de allí, sino por su mirada que confirmaba cualquier territorio que se inventase, todavía sin el respaldo de la cartografía. Pero ella le seguiría, Magnolia le cedería el lugar. Un viaje que no pasaría de los siete meses. Desgraciadamente, tenían prisa. La muerte estaría al acecho en Santísimo, habría que cederles a la vuelta un abrazo de calor. Eucarístico le preparaba lo que podría llamarse el futuro.

Dos años después le anunciaron que había sólidos indicios de que Eucarístico había terminado el barco, la embarcación lucía con limpidez metálica. Hermengarda se preparó para las festividades vaciando gavetas, aliviando baúles

arrimados a las paredes. Pensaba abandonar la casa donde había estado tantos años, cuando también vinieron a decirle que la época era de ultrajes. Se herían los unos a los otros, soltando las cortezas de las pieles, incluso antes de curarse, lo que las dejaba indefensas. Hermengarda quiso poner a Ofelia a salvo del peligro, para descubrir al final que el propio Eucarístico sembraba la discordia negándose a destinar el barco a las aguas del Alvarado. Aunque se lo pidiesen por la gloria de nuestra tierra, persistía en desobedecer.

Piadoso se sentía consolado al no confesar a Magnolia que el mantel que tenía en las manos era un regalo de Hermengarda, al que, conmovida por su arte, había enviado a recoger las memorias que tendría del marido en reserva. Ella, sin embargo, para quien el recuerdo de Eucarístico se traducía en un sendero por el que había perdido innumerables placentas, y los hijos lo confirmaban, le probó ser el marido volátil, opuesto a aquel proyecto. Y en plena primavera, qué se podría esperar de un hombre como él. Agotadas las floraciones, tal vez se decidiese Eucarístico por el destino mortal, dejando humildemente flotar al barco.

Emilia había consentido en trabajar noche adentro en el mantel al saber que lo destinaba a Magnolia. Había adornado el lino con flores de tonos sombreados, motivos marítimos enlazados por el envés, apareciendo en la superficie tan sólo el contorno dibujado por puntitos que servían de guía al trazado. Bordaba lamentando que después del desistimiento de Eucarístico raras manos se moviesen todavía con habilidad. Devota de tales quejas, confiaba en que le dijiesen: afortunadamente nos quedas tú, Emilia.

Se dedicaban a contemplar el barco los domingos, inmediatamente después de la misa. Eucarístico juraba que jamás lo lanzaría a las aguas. Lo quería plantado en el suelo sustituyendo a los árboles de que había privado al terreno. Pidió a Magnolia un inventario de sus objetos personales, una vez que no volvería a casa. Hasta la muerte, su hogar